

EL CENSOR

SEMANARIO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DIAS 1, 7, 13 Y 23 DE CADA MES

AÑO II

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En Orihuela 0'50 ptas.
En provincias, trimestre. 2'00 »

REDACCIÓN, S. PASCUAL, 16 Y 18.

ADMÓN., P. SAGASTA, 5,

ANUNCIOS Y COMUNICADOS.

A precios convencionales.
Los pagos son adelantados.

NÚM. 14

(Orihuela 7 de Marzo de 1907)

LA EPIDEMIA REINANTE

Es una verdadera epidemia; por cientos se pueden contar los ataques de la gripe, aunque afortunadamente en esta ciudad es tan venigosa, que apenas si ha causado alguna defunción.

Esta enfermedad, que al parecer no reviste caracteres de gravedad, no conviene de ninguna manera el abandonarla, pues la ciencia y la práctica han demostrado, que en muchos casos, dejenera en fiebres infecciosas y en pulmonías. Indudablemente sucede algo de esto, en algunas poblaciones infestadas de la gripe; y buena prueba de ello, son las muchísimas defunciones que están ocurriendo; siendo la mayor parte de estas, víctimas de la generalizada enfermedad que azota a gran número de poblaciones.

No habremos de extendernos en consideraciones sobre esta materia, ni tampoco sobre otra de las enfermedades enseñoreadas en Orihuela: el sarampión. Esta, indudablemente ha tomado carta de naturaleza en nuestra ciudad y apenas si en alguna temporada del año deja de oprimirnos con sus mortíferas manos: cuando creemos que un atacado lo hemos podido arrancar de la terrible lista, en las que se enumeran las víctimas, suele engrasarse esta con una cifra más, merced á las diferentes complicaciones que en el periodo de convalecencia suelen atacar, particularmente á los niños.

Como el objeto de este artículo, no es estudiar los síntomas ó efectos de dichas dos enfermedades, si

no exclusivamente, ver si pudieran evitarse las causas de su propagación, habremos de hacer algunas preguntas á nuestras autoridades, las que confiamos no desoirán, si las convertimos en justas peticiones.

EL CENSOR en uno de sus números, propuso al alcalde y al Juez de aguas, que vieran el medio de prohibir que continuase convertido en lavadero público, el sitio entendido por el chorro; por la sencillísima razón de que las aguas que por su cauce discurren, las aprovechan infinidad de huertanos que carecen de otras para beber. Que para conseguir esto, ó sea, que en el citado chorro no se lavase, deberían tomar las citadas autoridades las medidas más urgentes posibles, pues ellas eran de gran interés para la salud pública. ¿Se ha hecho algo de esto?

También en uno de nuestros números, pedimos que se mandasen quitar los retretes que desaguan en el cauce del río.

¿Tomaron en consideración nuestras indicaciones y peticiones las autoridades? No, ó al menos, no se han conocido, si algunas determinaciones llevaron á la práctica.

Pues bien, lo que EL CENSOR en nombre de Orihuela pide á las autoridades, lo que en bien de la salud pública reclama, es que procuren evitar que se arrojen al río toda clase de inmundicias; que sus acequias, de donde infinidad de huertanos beben las aguas, estén convertidas en lavaderos públicos, sirviendo merced á ello, de medios conductores á los microbios, infecciosos portadores de enfermedades, que con algunas medidas preservativas de higiene, pudieran evitarse.

LA LIMOSNA

CUENTO

—Por mi parte—decía Santiago de Fére,—no he querido tanto á Germana como después de la infidelidad de que el otro día me hizo víctima.

Estaban sentados bajo la *serre* de una casa de campo, una noche de estío serena y sombría. Ráfagas largas y dulces venían del mar, del cual se sentía, sin veria, la amplia ondulación nocturna. Había llovido durante el día, y las hojas de los árboles, tocadas ya del beso del otoño, despedían un acre perfume alternado de un modo casi rítmico con el olor de las algas que llevaban en su cadencia las brisas.

De pronto llenó el espacio la luz de un faro, iluminando el inmenso horizonte nublado y haciendo brillar los trajes claros de las señoras y el rostro de Germana.

Hubo un medio silencio alegre, como si la sombra se llenase de sonrisas. La luz del faro volvió á pasar de nuevo, animando los rostros con un arrebol de crepúsculo.

—¿Es preciso que lo cuente?—preguntó Santiago.

—Si quiere usted, nada malo me parece que habrá en ello—respondió una voz impaciente y turbada.

Pero este marido gustaba demasiado de hablar de su mujer para detenerse ante ningún detalle, y comenzó dulcemente, como los conversadores que saben obligar á los demás á que les escuchen.

—Ya saben ustedes que estuvimos en Suiza durante nuestro viaje de novios. Al regresar antes de venir aquí nos detuvimos cuatro en París, en un hotel, absolutamente

lo mismo que los que vienen de Petersburgo ó de Chicago! No me detendré á decirles que París está encantador en verano, las calles llenas de parisenses condenados al veraneo en la playa ó en el campo que bajo un pretexto cualquiera se acercan un par de días á la capital para respirar el aire de los boulevares.

Estábamos, como es natural, todo el día fuera, y cuando teníamos que separarnos un momento nos dábamos cita en el café, como los estudiantes, cosa que regocijaba extraordinariamente á mi mujer. Siempre me gustó llegar antes que ella á estas citas.

Un día, al entrar en el café, advertí la presencia de un individuo sentado ante una mesa demasiado próxima á la mía, el cual no parecía tener otra cosa que hacer.

Era un hombre elegante, correcto, uno de tantos *smarts* como pasan por la calle, pero sus rasgos tenían una personalidad especial y su fisonomía una movilidad que no parecía natural y un apasionamiento un poco vehemente. Iba vestido de luto, y este color parecía armonizar con el dolor que se adivinaba crispado en las arrugas de sus sienes, que vibraba en las palpitaciones insensibles de la nariz, que llenaba los ojos de una especie de sombra, como si no quisiera dejar ver el alma las cosas sino al través de un velo fúnebre. Debía tener más de cuarenta años y menos de sesenta. En nuestra época, en que el hombre empieza á vivir y á pensar tan tarde, esta edad es la de los héroes de novela.

Mi vecino parecía tener el físico de un empleado; estaba lejos de ser bello. El examen tuvo que

acabarse en seguida. Acababa de ver á Germana entre las gentes, ocupada en buscarme con sus ojos miopes, y me olvidé del sujeto en cuestión.

Respecto á si nos encontráramos como ahora, entre parientes y amigos, y si la noche era más ó menos oscura, sólo os puedo decir una cosa; que Germana estaba muy bonita.

Hubo varias risas femeninas de una entonación bastante franca, y la señora de Durrae dijo:

—Ya se ve que hace cuatro meses que están casados.

Pero Santiago repitió en seguida como para excusarse y explicarse:

—He dicho que estaba muy bonita porque mi mujer tiene el don de adaptar su belleza á las diferentes maneras de la vida. Esto es bastante raro, y la prueba de ello es que una mujer que os encantó acompañando á almorzar os aburre en la comida.

Germana me vió entre los demás parroquianos y vino á sentarse junto á mí. Como me levanté para hacerla sitio, al volver á sentarme me encontré frente á frente de mi vecino, dejándome un tanto estupefacto la manera, emocionado primero y obstinado después, con que sus ojos acogieron á la recién venida.

Germana me hablaba de sus carreras por los almacenes y de sus compras, y debo confesar que al través de la volubilidad de su discurso, y por distracción sin duda, se le escaparon algunas frases de íntima ternura, como «querido mío», «mi tesoro...» Mi desconocido las cogió al vuelo, y esto le indujo á escuchar nuestra conversación con un interés que me iba pareciendo cada vez más indiscreto. Esta impresión se me fué haciendo tan fuerte y molesta que, no queriendo ponerme en evidencia con un escándalo, pagué nuestro consumo y salimos.

Sabimos á un coche y manifesté á mi mujer el motivo de aquella especie de fuga.

—¡Ah! —dijo Germana— ¿Ese es buen señor que estaba sentado á nuestra derecha? Ya le he visto. Por cierto que tiene un aire...

Se interrumpió de pronto.

—Mira, ahí le tienes. Nos viene siguiendo en coche.

Esta vez creí en una coincidencia, y di orden al cochero de que nos llevase al Bosque, donde pensábamos comer. Mas apenas nos dis-

poníamos a hacerlo cuando advertimos la presencia de nuestro perseguidor, sentado ante una mesa próxima.

¿Qué hacer? Yo no tenía derecho á incomodarme porque aquel señor quisiera comer á la misma hora y en el mismo sitio que nosotros; por consiguiente, tuvimos que sufrir aquella atención, un poco más reservada que en el café pero siempre persistente. A pesar mío, empecé á sentir una especie de simpatía por aquel hombre. Pertenecía evidentemente á una generación anterior á la mía, y su manera de llamar al camarero, y de pedir los platos, ciertas palabras y ciertos gestos, anunciaban que había empezado á vivir en los últimos años del Imperio. Los hombres del «antiguo régimen» son de otra raza que nosotros, más vani, más loca que la nuestra.

Después de comer atravesamos en coche el Bosque. Bajo la dulzura de la atmósfera, sumidos en un blando sopor de sensaciones é ideas, lo bastante raras para perdurar á la vida sus habituales vulgaridades. Luego nos sentamos en la terraza de un café, por cuyas ventanas, abiertas salía un zumbido de música tzigana. De súbito, á pocos pasos de nosotros, vi á nuestro espía, á nuestro enemigo, por que instantáneamente empecé á sentir contra aquel hombre una cólera furiosa, de esas que se suben á la cabeza y se desbordan en toda clase de violencias. Germana lo adivinó, y me rogó que saliésemos, so pretexto de hallarse fatigada. Dominando de nuevo mi disgusto, cogí su brazo y emprendimos de nuevo la marcha para cruzar los Campos Elíseos. Al cabo de unos minutos me volví, el individuo nos seguía. Entonces abandoné á Germana y, arrojándome sobre aquel hombre, le cogí por el cuello de la americana y le llené de injurias. Ante mi ataque, dejóse caer en un banco, sin defenderse; y como yo siguiera insultándole, le oí murmurar dulcemente:

—¡Dios mío!... Caballero, comprendo vuestra cólera.

Y rompió á llorar, cosa que me calmó en el acto. Germana se había acercado con brava decisión y durante un rato permanecimos de pie, estupefactos ante aquel hombre que lloraba como una mujer.

Al cabo se tranquilizó y nos dijo:

—Caballero, yo he sido tan fe-

liz como usted. Amé apasionadamente á la mujer que Dios me había dado, y que por cierto se parecía á esta señora como si fuese su hermana. Los primeros meses de nuestro matrimonio los pasamos en París; luego nos fuimos á vivir á una provincia. Esta es la primera vez que vuelvo á la capital al cabo de quince años, y vuelvo solo... Perdóneme usted; he sido indiscreto; creí que no se había fijado en mí... He andado como un autómatas detrás de la felicidad...

Su sombrero estaba en el suelo: lo cogí y lo puse sobre el banco. No encontré otro modo de reparar mis insultos. Después nos alejamos.

De pronto se paró Germana, exclamando:

—Me he dejado la sombrilla en el banco.

Se encaminó á buscarla y al seguirla yo, temeroso todavía, la vi inclinarse sobre el pobre hombre y besarle en la frente, con un impulso infantil de bondad, de caridad.

Aquel beso es la razón de que hoy amo un poco más á Germana.

Francisco de Nión.

El Centenario de la Virgen del Remedio

Reina gran animación entre los vecinos de la Matanza y de los inmediatos partidos de Abanilla, Fortuna y Santomera, con motivo de la celebración del próximo centenario de la Aparición de la Virgen del Remedio, patrona de dicho Campo.

Con tan fausto motivo, se preparan grandes fiestas por la comisión organizadora, en la que figuran hombres tan prestigiosos y amantes de su patrona, como D. Manuel Mira, D. José Antonio Riquelme Escudero y D. Jesús Saenz de Tejada, vecino de la Matanza el primero y los dos siguientes de Orihuela y Murcia respectivamente.

La comisión, compuesta en su totalidad de veinte labradores de la Matanza, Abanilla, Fortuna y Santomera, ha ofrecido la presidencia honoraria á nuestro ilustre y sabio prelado, el que desde luego ha aceptado el cargo, ofreciendo su valioso y necesario concurso, para la celebración de las fiestas conmemorativas en honor de la Virgen del Remedio.

Según nuestros informes, dichos festejos habrán de ser muy lucidos

y variados, pues para ello no escatiman medios ni sacrificios.

A la comisión, á los vecinos y devotos de la Virgen del Remedio, solo habremos de decirles por nuestra cuenta, que no deben desmayar en su empresa, que su entusiasmo debe de ir en crecimiento, para que todos los que acudan á rendir pleito homenaje á su patrona, vean que sois dignos hijos de ella.

En el número próximo, nos ocuparemos con más detenimiento de los cultos y fiestas que constituyan el programa.

El espejo del alma

I.

— ¡Qué hermosa, adorada mía,
Te ha formado el Hacedor!
De tus ojos el fulgor
Iguala á la luz del día.

En tu purísimo seno
Se acoge amor inocente,
Y se refleja en tu frente
Tu pensamiento sereno,

Es más dulce tu sonrisa
Que el aroma de las flores,
Y tu suspiro de amores
Como el soplo de la brisa.

Mira, mira tu reflejo
En este puro cristal,
¿No ves un sér celestial
Encerrado en el espejo?

Eres tú, niña querida,
Que menos bella te ves;
Porque esa tu imagen es,
Pero privada de vida.

¡Cuánto el alma enamorada
Se goza con tu presencia,
Cómo bebe su existencia
En la luz de tu mirada!

Eres mi dulce tesoro,
De amor mi pecho rebosa;
Dime; dime, niña hermosa,
Tú me quieres?

—Yo te adoro.

— Bendito el labio inocente
Que esas palabras murmura,
Bendita la niña pura
Que tales afectos siente!

¡Si me fuera dado hallar
Un espejo que pudiera
De tu alma; niña hechicera,
La imagen fiel retratar!

¡Con qué triste agitación
El espejo miraría!

—Y su cristal te diría
Que era cierta mi pasión.

Rafael Blasco Moreno

(Se continuará)

Crónica

• Era la hora en que la noche avisaba su llegada, la luna se reflejaba por doquier y la luz de las estrellas empezaba á alumbrar en el firmamento.

Caminaba por entre una calle de cipreses que dan salida á un cementerio, cuando observé en una pareja, (de amantes tal vez) que caminaban en dirección contraria á mí, y llevaban camino hacia el lugar que hacia momentos había yo abandonado.

Entróme curiosidad la tal pareja, y aunque yo tenía alguna prisa, me decidí á seguirles, y tomé la misma dirección que ellos.

La sombra de los cipreses parecían las sombras de fantasmas que pretendían cortarnos el paso á mí y á aquella pareja silenciosa; la verja del cementerio cedió á su paso y entraron lijeros y decididos hacia un lugar tal vez ya de ellos conocido.

Yo les seguía siempre á una distancia respetable, y siguiéndoles atravesamos infinidad de galerías, y dejamos atrás sinnúmero de esbeltos panteones. La luna encendía consu luz aquel recinto sagrado; inundaba con su reflejo los nichos tristes y silenciosos, y hacia y formaba un panorama más bien poético que triste; seguimos cruzando galerías hasta que llegamos junto á un panteón gótico, que se levantaba junto al extremo del campo Santo; al llegar, pude observar que dentro había luz, y el murmullo de voces articuladas en la soledad me hizo comprender que dentro había gente, entró la pareja, un sacerdote les recibió en compañía de dos hombres más; los amantes (que ya puedo asegurar que eran) se postraron ante el altar en pequeños reclinatorios, el sacerdote leyó algo de un libro que tenía en la mano, echó una bendición y salió de nuevo la pareja.

Me oculté por que no me viesen y vi pasar junto á mí á los nocturnos amantes; percibí en sus ojos las lágrimas y en su cara la tristeza, y luego desaparecieron por las entrecruzadas callejuelas del cementerio.

Me acerqué al sacerdote y le indiqué mi curiosidad á lo cual me

respondió que eran unos amantes que fueron á aquel sitio á consumir el sacramento del matrimonio, que una promesa les obligó á ello; tal vez, dijo, que este enlace más á la familia que quede de ellos, y ya sean felices, pero lo que fué antes, era una lucha que mató mucho sus dos familias; y no dijo más.

Nos separamos y yo quedé muy triste por haber sido testigo de aquella boda, y en aquel sitio.

Sigfrido.

DOÑA ANDREA GARCIA LIZÓN

A los ochenta y seis años de edad, dejó de existir, ayer habiendo sido su muerte un motivo más, para probar las muchas simpatías que siempre gozó entre todos los que durante su vida la trataron; pues con su bondadoso proceder para los que con ella una vez siquiera hablaron, supo ganarse la voluntad de todos sin distinción de clases sociales.

A sus desconsolados hijos don Luis, D. Joaquin, D. Pedro y doña Antonia Reymundo así como también á sus hijos políticos, D. Adolfo Lizón; D. Tomás Tomás; á su hermano D. Escolástico y demás familia, les deseamos de todo corazón el lenitivo necesario para la pena que hoy embarga sus corazones.

El sepelio ha tenido lugar esta mañana, al que ha concurrido un numeroso y distinguido acompañamiento.

En la presidencia del duelo, figuraban, el Excmo. Sr. D. Francisco Ballesteros; D. José Zerón; D. Federico Javaloy; D. Antonio Mira; D. Abraham Pardines y D. José Payá.

Las cintas eran guiadas por don Salvador Meca; D. Rafael Torres; D. Tomás Tomás y D. Angel Belda.

Entretenimientos

—Un poco de zumo de limón añadido al agua en que se cuece arroz, conservará los granos se parados unos de otros.

—La longevidad es mucho más común en las mujeres que en los hombres.

—El té, por bueno y aromático que sea, es perjudicial para la delicada tez femenina, en opinión de algunos médicos.

—Los hombres que gozan de mejor vista son aquellos que viven en regiones donde abundan las llanuras grandes y estériles,

—Las mechas de quinqué nuevas deben bañarse antes de usarlas en vinagre, porque así dan mejor luz y no dan tufo.

—Para las manos agrietadas, mézclase en una botella dos cucharadas grandes de glicerina, dos cucharadas chicas de zumo de limón y otras dos de agua de Colonia; agítese antes de usarlo y aplíquese inmediatamente después de haberse lavado las manos.

—Antiguamente se usaba salvado en vez de polvo para secar lo escrito. De esto proviene el nombre de *salvadera*.

Edades de la mujer

(Simbolizadas por las aves)

La mujer, desde uno á diez años, es pájaro mosca.

De diez á quince: golondrina.

De quince á veinte: ave del paraíso.

De veinte á veinticinco: tórtola.

De veinticinco á treinta: paloma.

De treinta á cuarenta: cotorra.

De cuarenta á cincuenta: lechuza.

De cincuenta á sesenta: ave fría.

De sesenta, en adelante, no es ave, ni mujer, ni nada.

INFORMACION

Se encuentran atacadas de la enfermedad reinante, las distinguidas señoras y señoritas Vicenta Rufo, Carmen Galindo, Mercedes Garriga, María Maseres, Mercedes Gutiérrez, Juana de la Moneda, y los señores D. Manuel Germán y D. Cayetano Lafuente.

Y restablecidos de sus dolencias don Antonio Molera y D. José Calvet.

Se encuentra en esta población, pasando unos días, la distinguida señora de nuestro amigo D. Joaquin Baldó, acompañada de sus bellas hijas Sebastiana y Encarnación.

Se intenta organizar una velada en nuestro coliseo, con el fin de recaudar fondos, para poder hacer la presentación en las próximas procesiones de semana Santa, de la centuria romana.

La comisión encargada de ello, está animada de los mejores deseos, si bien es, verdad, que habrá de tropezar con dificultades, que no fácilmente se solucionan.

El pasado sábado celebró sesión extraordinaria nuestro Ayuntamiento, el

que acordó celebrar este año, con la solemnidad de costumbre la procesión del Santo Entierro.

A ello se oponían algunos concejales, por creer que en las actuales circunstancias, no se encuentra la caja de nuestro municipio en condiciones de hacer desembolsos, que para otras atenciones municipales habrán de hacer falta.

El domingo salió para Valencia, donde pasará una larga temporada, nuestro querido compañero D. Rafael Blasco.

El sábado á las tres de la tarde, falleció el niño Enrique Marin, hijo de nuestro amigo D. Antonio.

A el entierro que se verificó al siguiente día, domingo, concurrieron muchos amigos de los afligidos padres, á quien acompañamos en su justo dolor.

Ha salido para sus posesiones del campo, nuestro querido amigo, D. Manuel Lizón.

En la pasada semana hemos tenido el gusto de saludar á los señores, D. Manuel Senante y á D. José Muñoz, que con sus respectivas señoras han visitado esta población.

Con toda felicidad há dado á luz un robusto niño, la distinguida señora doña Pilar Gutierrez, esposa de nuestro buen amigo el capitán de infantería don Aurelio García Monleón.

Banco de Cartagena

CAJA DE AHORROS

Cartagena, Murcia, Lorca, La Unión, Aguilas y Orihuela

Saldo anterior	Ptas. 5.614.231'02
Imposiciones durante la semana.	» 203.491'98
Suma.	Ptas. 5.817.723'00
Reintegros	» 192.862'44
Saldo	Ptas. 5.624.860'56

Cartagena 6 de Marzo de 1907.

JOSE ROMAN

Corredor de Comercio, colegiado

Ofrece su despacho Corredora 26 y en la Sucursal del Banco de Cartagena de esta ciudad.

Se despachan toda clase de negocios mercantiles con prontitud, reserva y economía, todos los dias laborables.

Imprenta de Luis Zerón.

EL CENSOR

SEMENARIO INDEPENDIENTE

Se publica los dias 1, 7, 15 y 23 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Orihuela, al mes, 0'50 pesetas.—En provincias, trimestre, 2 id.

Puntos de suscripción: San Pascual, 16 y 18 y Paseo de Sagasta, 5.

Banco de Cartagena

Cartagena, Murcia, Lorca, La Unión, Aguilas y Orihuela

CAPITAL: PESETAS 10.000.000

- Compra y venta al contado y en Bolsa de toda clase de fondos públicos y valores industriales.
- Cobro y descuento de cupones y de efectos de giro sobre España y el extranjero.
- Giros sobre todas las capitales y principales pueblos de España. Cesión de giros en Libras, Francos, Marcos, etc.
- Giros sobre Cuba, Puerto Rico, Filipinas y principales plazas de América y Asia.
- Giros telegráficos. Cartas de crédito.
- Compra y venta de monedas y de billetes, extranjeros.
- Préstamos y créditos en cuenta corriente, con garantía de valores cotizables.
- Depósito en custodia de toda clase de objetos preciosos y valores, sin cobrar premio alguno a sus clientes.
- Apertura de cuentas-corrientes.

CAJA DE AHORROS

Las imposiciones en la misma devengan el 3 por 100 de interés anual, acumulables en 30 de Junio y 30 de Diciembre de cada año. Los fondos se reintégran A LA VISTA.

BANCO DE CARTAGENA

BANCO DE CARTAGENA

JOSE ROMAN

Oficina en el pasaje de San Juan, 23 y en la Puerta del Banco de Cartagena de esta ciudad.

Se despachan toda clase de negocios mercantiles con prontitud, reserva y economía, todas las dias laborables.